PRÓLOGO
AL LIBRO TERCERO

ARA QUE LOS HOMBRES, que desde el principio del mundo fueron creciendo y multiplicando, fuesen políticos y bien disciplinados, hubo necesidad de que viviesen en congregaciones y juntas de pueblos (como en el discurso de este tercero libro decimos), por lo cual comenzaron los primeros hombres de él a hacer casas y barrios, pueblos y ciudades, y en ellas se comunicaron, como racionales que son; y porque no sólo tuvieron por necesario, para su conservación en policía, vivir junta y congregadamente, sino también para vivir la vida que cada uno desea conservar lo más que puede, y esto no se puede conseguir naturalmente, sin el sustento y mantenimiento corporal: por esto se fueron dividiendo unos de otros, y apartándose de unas tierras a otras, buscando sitios que, demás de ser de buen temple para la pasadía de la vida, lo fuesen también para la producción de las cosas de su mantenimiento. De aquí nació la división de las gentes en todas las edades del mundo, y después de la confusión de las lenguas, en la torre de Babilonia, donde Dios los dividió por aquel modo maravilloso de no entenderse. Fueron varios los lugares en que se dividieron y fueron corriendo, ensanchando las poblaciones, según que iban procreando y teniendo los hijos que les nacían. De esta manera les aconteció a estos indios de esta Nueva España, como a todos los demás, y así fueron poblando las tierras conforme las hallaron los españoles cuando en ellas entraron. Y cómo tratar de poblaciones y fundaciones de casas, entre la narración del origen de estas gentes, y cómo se fueron haciendo señores unos de otros con guerras que entre sí tuvieron era confundir la historia y cortar el hilo del concertado proceder; por esto me pareció concluir, en los dos libros pasados, la venida de estas gentes a estas tierras con el modo que tuvieron para introducirse en sus reinos y señoríos, haciendo juntamente memoria de las guerras que se han podido averiguar, que entre sí tuvieron; y detrás de ellos seguir este tercero, que trata de cómo poblaron y se fueron extendiendo por toda ella, y qué naciones fundaron y en qué partes, y qué tiempos las poseyeron. Verdad sea que como en las averiguaciones que he hecho no he hallado en muchas la certidumbre de los años que he deseado, no me he curado mucho de concertarlas por ellos, procurando antes decir verdad que fingir puntualidad de años, donde con certidumbre no me han ocurrido; y así he seguido solamente la verdad de la historia y he dejado de seguir el tiempo en que se fundaron. Por esto

van en este libro las poblaciones de algunos reinos, que lo fueron en su gentilidad, que gozaban de reyes y señores, que no tenían subalternación ni dependencia de otros (aunque muchos después la tuvieron) y de otras provincias y ciudades, según que eran en el tiempo de su infidelidad y paganismo, y de la manera que están ahora en él, de su cristiandad y conversión. Hay en él cosas muy de notar, y entre las de más cuenta las poblaciones de Tlaxcalla, Mexico, y Tetzcuco, con sus maravillosos edificios y casas de los señores y reyes que tenían. Con lo dicho satisfago al que leyere estos libros, y salgo del yerro que podían notarme en tratar de sus fundaciones, después de haberlos dejado en el libro pasado, en los últimos años de su destruición y ruina.